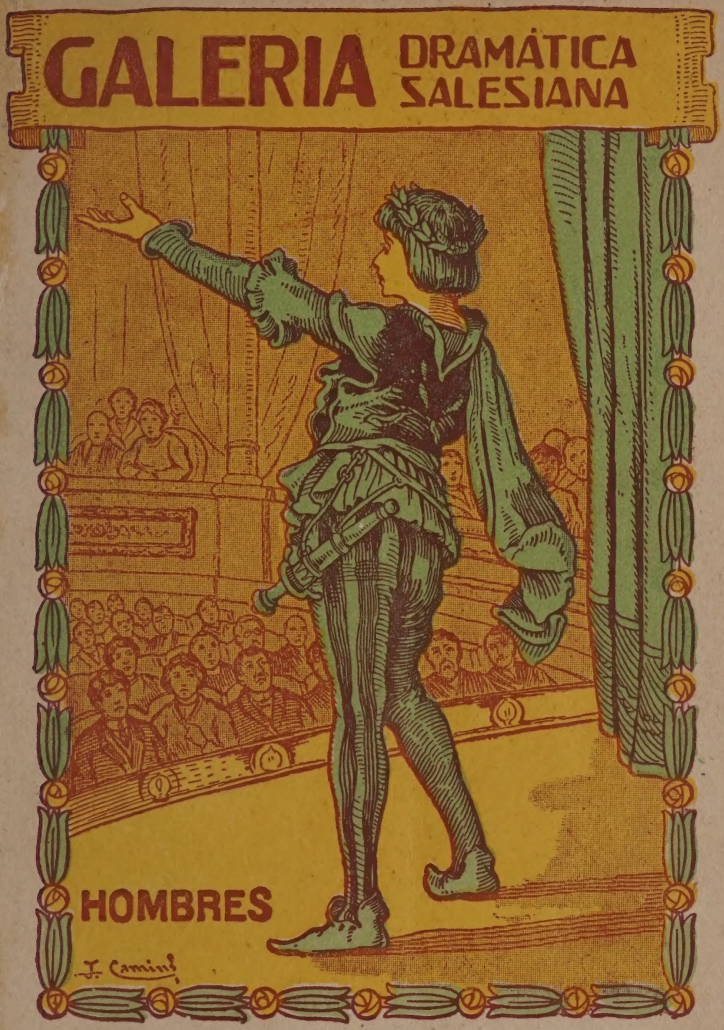
San Lorenzo.



Nº. 27

San Lorenzo

587.8

GALERIA DRAMATICA SALESIANA

HOMBRES. NUM. 27

SAN LORENZO

DRAMA EN TRES ACTOS

SEGUNDA EDICIÓN

: ES PROPIEDAD : :

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

BARCELONA

LIBRERIA SALESIANA

APARTADO 175

PERSONAJES:

LORENZO, archidiácono.
ESTEBAN, amigo de Lorenzo.
PREFECTO DE ROMA.
MACRACIO, jefe de la guardia.
SEXTO, viejo romano.
LUCIANO. } nietos de Sexto
JULIO. }
UN POBRE.
UN GUARDIA.
UN POBRE, manco y cojo.
Soldados y Pobres, que no hablan.

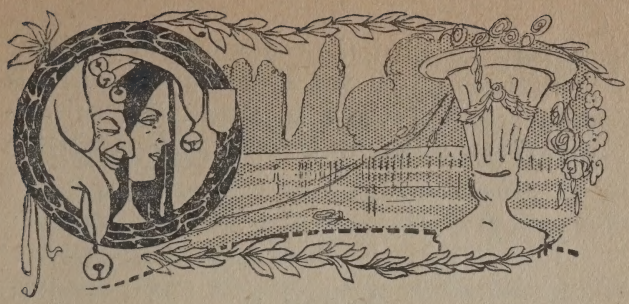
COSAS NECESARIAS PARA LA REPRESENTACION

ACTO PRIMERO

A Esteban: en la escena II, pan y vino.
A Lorenzo: en la escena II, monedas.

ACTO SEGUNDO

A Esteban: en la escena VIII, una gran caja.



ACTO PRIMERO

Alrededores de Roma. Comienza a amanecer.

ESCENA PRIMERA

SEXTO y JULIO

Sexto.—Anda ligero, apresura el paso, antes que el sol, apareciendo en el horizonte, impida que se cumplan los designios de un desesperado.

Julio. (*Llorando.*)—¡Ay! abuelito, no puedo más... me muero... tengo hambre... ¡ay!

Sexto.—Aligera, que pronto habremos acabado de padecer hambre y sed... ¡Maldición! ¡Ya no me oye! ¡Númenes santos! ¿Se habrá desmayado? ¿habrá muerto? (*Lo sienta en tierra, fija la vista en él, y en la mayor desesperación, dice:*) ¡Desgraciado de mí! ¡asesino de su propia sangre! ¡la ira y la maldición de los dioses me persiguen por todas partes! ¡Noche horrible! ¡horrible sueño! ¡horroroso fantasma!.. ¡Ah!.. otra vez su sombra... ¿Qué quieres? ¿quieres sangre?.. ¿quieres mi muerte?.. te satisfaré. Las aguas del Tíber me sepultarán, y todo habrá termina-

do. Pero, ¿y Julio? (*Lo mueve.*) No da señales de vida. Mejor, así no verá adonde la iniquidad y la desesperación llevan a su abuelo. ¡Ea, en marcha! (*Toma a Julio en brazos y parte corriendo.*)

ESCENA II

LORENZO y ESTEBAN

Lorenzo. (*Saliendo al encuentro de Sexto.*)—¿Por qué huyes? ¿adónde vas? ¿qué es lo que llevas? ¿Es un cadáver? ¿vive todavía? Déjanosle ver.

Sexto.—Dejadme; ¿quién os mete a vosotros en lo que no os importa?

Lorenzo.—Dime a lo menos adónde vas.

Sexto.—Adonde el destino me conduce.

Lorenzo.—¡El destino! Pero, si el destino dispusiera de ti, no tendrías libertad para marcharte ni para quedarte.

Sexto. (*Con ironía.*)—¿Libertad?.. la libertad de morir de hambre o en el Tíber, esa es la libertad que me queda: he resuelto usar de ella, y lo haré. (*Quiere salir.*)

Lorenzo.—Pero, buen viejo, ¿te falta por ventura el sustento? ¿tal vez ese pequeñito muere de debilidad? Presto, Esteban, prestémosles socorro. Te daremos cuanto necesitas, pero rechaza esos fatales pensamientos. Ven acá, recostemos al chiquito; así, que apoye la cabecita sobre esta piedra. ¡Oh! vive, vive todavía. Esteban, mira si traemos algo.

Esteban.—No traemos más que el pan y el vino

destinado al sacrificio de esta noche, que no hemos podido ver celebrado, porque...

Lorenzo.—Basta, Esteban; Dios quiso que nos sirviera para esta obra da caridad. Toma, buen viejo, aquí tienes pan; remedia tu necesidad. Ahora (*A Esteban.*) dame el vino. (*Rocía la frente de Julio y se lo da a beber.*)

Esteban.—Pero, Lorenzo, no se puede usar el pan ya bendecido...

Lorenzo.—¿Por qué no? o ¿acaso David no comió en su fuga los panes de la proposición?

Esteban.—Bien, bien; haz como quieras...

Julio. (*Empieza a volver en sí, toma la botella y bebe.*)—¡Ah! ¡qué bueno es!.. ¡Abuelito!

Sexto.—¡Aquí estoy, Julio mío!

Julio.—Tengo hambre.

Lorenzo.—Toma pan, pero cómelo despacio, y poco a poco, para que no te cargue demasiado el estómago . Y tú (*A Sexto.*) toma lo que queda de vino, eso te entonará.

Sexto.—Gracias, buen joven. Seis meses hace que mi seca garganta no se refresca más que con el agua de las fuentes, y una semana que no hemos probado bocado, a no ser un mendrugo de pan duro, que nos repartimos con Julio.

Julio.—No llores más, abuelito; ya hemos comido y bebido.

Sexto.—Sí, hemos ganado un día; pero mañana estaremos otra vez como ayer.

Lorenzo.—Mañana esa misma Providencia que hoy tan prodigiosamente os ha asistido, no os abandonará. Dime: ¿tienes casa?

Sexto.—No.

Lorenzo.—¿Tienes oficio, relaciones, amigos?

Sexto.—No; soy solo en el mundo con este nieto; pero me queda, ¡horrible sarcasmo! me queda el recuerdo de las grandezas pasadas, y el remordimiento de los crímenes que me han reducido a este estado.

Lorenzo.—No quiero yo saber ni tu nombre ni tu pasado. Deseo solamente saber lo qué necesitas, para proveértelo, según el ejemplo y preceptos de mi divino Maestro.

Sexto.—Estoy falto de todo; pero, aun cuando me dieras todos los tesoros del mundo, no podrías arrancarme del corazón mis horribles recuerdos.

Lorenzo.—Valor, buen viejo; el divino Maestro, de quien te acabo de hablar, me ha enseñado a secar las lágrimas y a curar las heridas, aun cuando provengan de la culpa.

Julio. (*A Sexto.*)—¡Qué bueno es ese joven! Abuelito, ¿vámonos con él?

Lorenzo.—No, yo no soy bueno; pero aquel Dios que me ha enviado para socorreros, es la misma bondad. Quede, pues, a mi cargo el cuidado de vosotros. Tomad, por ahora estas monedas; entreteneos por acá; yo estaré pronto de vuelta, y os conduciré a un lugar, donde espero estaréis bien. Hasta luego, buen viejo.

Sexto. (*Hace ademán de besarle la mano.*)—Permite, joven generoso...

Lorenzo.—No, a mí ningún honor; la gloria sólo a Dios, de quien dimanan todos los bienes. Hasta pronto. (*Sale con Esteban.*)

Sexto. (*Se queda en silencio; después solloza, suspira, se cubre el rostro con las manos; quiere hablar, pero calla. Es ya de día.*)

Julio.—Abuelito, en lugar de estar contento, pones tan mala cara, que me das miedo.

Sexto.—¡Te doy miedo! Tienes razón, hijito. En esta frente hay impreso un sello de infamia, y estos cabellos encanecidos... (¡Oh dioses! ¡oh dioses! ¿por qué turbar la paz de la inocencia, descubriéndole los arcanos de la iniquidad?)

Julio.—Déjame ver las monedas que te ha dado aquel joven... ¡Oh, mira qué bonitas son! ¿De quien es esa cara?

Sexto.—Es del emperador.

Julio.—Nunca las había visto tan bonitas.

Sexto.—Es cierto, estas monedas son de gran valor; y a la verdad, no sé qué hacer, si guardarlas o servirme de ellas.

Julio.—Pero, ¿por qué, abuelito mío! Comprarás con ellas pan y vino: después me comprarás una túnica para quitarme ésta, que se está cayendo a pedazos; alquilarás una casa donde dormir, en lugar de yacer bajo los pórticos; y seremos ricos.

Sexto.—¡Sí, querido Julio! Si algo me aficiona aún a la vida, si algo me hace apreciar este oro, eres tú, Julio mío. A ti te podrá proporcionar la felicidad; que lo que es para mí, la felicidad ya ha desaparecido, y no encontraré paz más que en la tumba.

Julio.—Siempre hablas así; y ¿cómo quieres que pueda estar alegre yo, si nunca lo estás tú, que eres mi abuelito?

Sexto.—Basta, Julio, no me preguntes más; toma una de las monedas; vete al mercado y compra lo que te guste; no te entretengas con la gente y vuelve pronto, que tenemos que aguardar a aquel joven aquí.

Julio.—Sí, sí, voy y vuelvo en un santiamén. (*Vase.*)

Sexto.—No, no; no le revelaré nunca el crimen que he cometido. Si supiera que he dado muerte a su hermano, me odiaría; y a las maldiciones que ya pesan sobre mi cabeza, se añadiría la suya, que sería para mí la más terrible. Mejor es que me sobreponga a mí mismo y que viva para él, puesto que el destino... el destino, no... los dioses... y ¿quiénes son los dioses?.. en fin, aquel joven ha prometido socorrerme... ¿aquel joven?.. cuanto más pienso, menos entiendo. He vivido muchos años, he tratado a muchas personas; pero nunca entre los hombres encontré tanta amabilidad para con los pobres, tanta generosidad para con los infelices. He aquí más de cuatro sextercios. Es una suma que un joven, por robusto que sea, no la gana en dos cuadrantes de luna.

ESCENA III

JULIO desde dentro, luego MACRACIO y SOLDADOS

Julio. (*Llorando y gritando.*)—Dejadme, os digo; yo no he hecho mal alguno.

Sexto.—¿Qué oigo? ¿con quién habla Julio? ¡Oh dioses, una nueva desgracia!

Julio. (*Corriendo se arroja en brazos de Sexto.*)—¡Ay, abuelito, quieren llevarme a la cárcel...

Sexto.—¿A ti? ¿cómo? ¿por qué?

Julio.—Hélos ahí. (*Se esconde.*)

Sexto.—¿Quiénes sois? ¿por qué molestáis a este niño?

Macracio.—Somos la fuerza de la autoridad, representamos a la ley, en virtud de la cual, arrestamos a ese muchacho.

Sexto.—Y su abuelo, ¿no podría saber el motivo?

Macracio.—Se presentó al mercado con una moneda de valor, cuya procedencia no supo justificar; lo que infundió la sospecha de que hubiera sido robada.

Julio.—Yo no la he robado.

Sexto.—¿Robada? no, os engañáis; no fué robada, sino que fué dada; y no tan sólo ésa, sino que mirad, también éstas.

Macracio.—¡Dadas! (*Con ironía.*) ¿Quién puede estar loco que dé a un transeúnte tantos sextercios? Viejo, mientes con toda tu boca, y quieres esconder con esa mentira el delito, del cual tú mismo te haces culpable... responderás, pues, delante del tribunal.

Sexto.—Yo no podré decir delante del tribunal más que lo que digo en tu presencia. Un joven para mí desconocido, habiéndonos visto a mí y a mi nieto que moríamos de hambre en este camino, nos dió pan y vino; y después estas monedas, prometiéndonos que volvería y que se cuidaría de nosotros.

Macracio.—Has urdido muy bien la historia; mas te cansas en balde; pues nadie creerá una cosa que, desde que el mundo es mundo, no pasó jamás. ¿No sabrías decirme quién ha sido tan espléndido donante?

Sexto.—No le conozco.

Macracio.—¿Cómo iba vestido?

Sexto.—Modestamente.

Macracio.—¿Qué te propuso?

Sexto.—Nada.

Macracio.—¿No buscó asociarte a alguna trama tenebrosa contra la república o el imperio?

Sexto.—No; por la fe de los dioses.

Macracio.—Tú hablas de los dioses; pero aquel joven ¿te habló de algún numen?

Sexto.—No lo tengo presente; recuerdo solamente que me dijo usaba conmigo aquella caridad, en nombre de su divino Maestro.

Macracio.—¡Oh! no hay duda. Uno de la secta de los cristianos; ése ha querido envolverte en sus redes; sólo ellos son capaces de tales locuras, y se glorían de tirar los tesoros, socorriendo a viejos y amparando a huérfanos, de los cuales la mayor parte mejor sería arrojarlos al Tíber. Esos cristianos son enemigos de los dioses y del imperio, gente infame, despreciadora de los decretos imperiales, y condenados todos a muerte, si no reniegan de su fe.

Sexto.—He oído hablar de los cristianos, mas no creo que lo sea mi joven bienhechor. Me cuesta creer que sean infames, como tú dices, y al mismo tiempo tan afables y generosos.

Macracio.—¡Oh! con arte e hipocresía encubren su perfidia... Yo les sigo la pista. Ayer noche sorprendí a uno de sus jefes, mientras estaba con los suyos escondido en un subterráneo fuera de las murallas. Los suyos se llamaban Sixto; su aspecto era tan grave y venerando, que parecía uno de los antiguos senadores, como los que buscaba Rómulo para gobernar la primitiva ciudad; ¡impostor! pero tan pronto como lo presenté al Prefecto, fué condenado a muerte.

Sexto.—Pero eso a mí nada me importa.

Macracio.—Podría importarte; tú eres pobre, y podrías mejorar tu estado.

Sexto.—¿De qué modo?

Macracio.—Diciéndome quién es ese loco judío que te ha dado ese oro.

Sexto.—¿Ah, no, nunca! Seré pobre, pobre; pero ingrato... ¡jamás! (*Fuerte.*)

Macracio.—No seas necio: si me lo dices, tendrás tu recompensa.

Sexto.—El oro ganado a tan infame precio, no haría más que aumentar mis remordimientos, y remordimientos los tengo ya de sobra. No, no; ingrato, jamás.

Macracio.—¿No quieres? Pues ahora seguirás tu suerte. Tengo motivos suficientes para arrastrarte ante el tribunal del Prefecto. Le diré que anublan tu frente graves sospechas; que eres de la secta de los cristianos, o que por lo menos estás en relaciones con sus jefes; que se te encontraron monedas de mucho valor, cuya procedencia no justificaste. Eso bastará para que den a ti algunos años de destierro, y a mi esas monedas que estás acariciando en la palma de la mano. Guardias, cumplid vuestro deber.

Sexto.—¡Eso es una violencia! No lo sufriré nunca.

Julio.—¡Abuelo, yo no quiero ir a la cárcel!

Sexto.—Pero yo no he hecho nada. (*Los guardias entre tanto los atan.*)

ESCENA IV

Dichos y ESTEBAN, corriendo

Esteban.—(¡Qué veo! el viejo y su nieto encadenados, y venía a anunciarles su... Basta, sepamos el motivo.)

Macracio.—(¿Qué? ¿será este el joven de las monedas? Veamos.)

Sexto.—¡Ah! ¡Uno de nuestros bienhechores! (*Algo irónico.*)

Esteban.—¿Por qué estáis presos? ¿qué ha sucedido?

Sexto.—Cuando los dioses le han tomado a uno ojeriza, lo dulce se le convierte en amargo, y la miel en hiel.

Macracio.—¿Quién te enseñó a blasfemar de los dioses?

Sexto.—Ellos mismos, que tan injustamente tratan a los mortales: y al uno le hacen rico y potente como a ti; y al otro, vil y desgraciado como a mí. (*A Esteban.*) Mejor hubiera sido que me hubieras dejado morir de hambre, que así me hubiera librado de la ira de los dioses.

Esteban.—No hables así, buen viejo. Puedes hasta de los dolores sacar grandes ventajas, sufriéndolos y ofreciéndolos a Dios en espíritu de penitencia.

Sexto.—No entiendo ese lenguaje.

Macracio.—Finges no comprenderlo; pero antes bien sabías blasfemar de los dioses, como los cristianos. Pero no pasemos adelante. (*A Esteban.*) Señor, yo no puedo comprender por qué os tomáis tanto interés por estos mendigos, culpa-

bles de haber menospreciado las divinidades del imperio, y de poseer dinero probablemente robado.

Sexto.—Son las malhadadas monedas, que me habéis dado esta mañana. Tomadlas. (*Las tira al suelo.*)

Esteban.—No temáis por eso; yo mismo iré al tribunal y os defenderé.

Macracio.—Sí, pero no podrás defenderle de la sospecha de estar en relaciones con los cristianos, ni tampoco de haber recibido el dinero, para que conspire contra la patria.

Esteban.—¿Quién? ¿Un viejo y un chiquillo pueden hacer temblar de miedo a la república romana? Fácilmente podré ser vuestro abogado defensor, y si todavía queda un poco de justicia en Roma, nuestro triunfo está asegurado.

Macracio.—Ven, pues, conmigo al tribunal del Prefecto, y allí dirás lo que creyeres conveniente.

Esteban.—No tardaré en encontrarte. Ahora tengo que esperar a un amigo mío, y no quisiera...

Macracio.—¿Quieres antes urdir la trama? Eso no lo permitiré nunca; sería impedir la libertad del juicio. Mejor será que tú sigas a los soldados, que yo esperaré aquí a tu amigo, y le contaré tu caridad para con ese vejestorio. En marcha y una vez allá, aguardadme. (*Salen todos.*)

ESCENA V

MACRACIO, después LORENZO

Macracio.—¡Ah! ¡la fortuna me sonríe! Esta noche pasada he descubierto al más endiablado de los

cristianos, a Sixto; y hoy, apenas acaba de amanecer, y ya he pescado tres peces, y espero poder pescar el cuarto. El amigo con el cual aquel imbécil quería hablar debe de ser persona de importancia, y ¡quién sabe si uno de los principales de la secta! No tardaré mucho en descubrirlo, y sabré acomodarme a las circunstancias. Lo que más me importa es el merecerme del Prefecto una parte de los grandes tesoros que los cristianos poseen. Entonces empezará mi vida feliz. Cargado de oro y de joyas, dejaré este uniforme; me compraré un palacio en Roma, y una casa de campo cerca del mar; y pasaré los días que aún me quedan de vida, felices, en diversiones y banquetes con amigos... Pero se acerca alguno; ¡ojo alerta!

Lorenzo. (*Maravillado.*) — ¡Cómo! ¿no hay nadie? ¿ni siquiera Esteban? Y no obstante, le había recomendado me esperara aquí. ¿Que no haya encontrado al viejo y al chiquito..! ¿Si habré yo equivocado el camino? (*Ve a Macracio.*) ¡Macracio! ¿tú aquí?

Macracio.—Sí, yo, Lorenzo, y resuelto a tomar venganza de los continuos insultos que, salidos de tu boca, se han amontonado en mi corazón.

Lorenzo.—Tu lenguaje me sorprende; no recuerdo haberte ofendido, e ignoro los motivos que me hayan podido hacer acreedor a tu venganza. Y aun cuando así fuera, ello tiene buen remedio: reconoceré, sin más, mi culpa, siempre que te dignes señalármela concretamente, y te pediré por ella humildemente perdón.

Macracio.—¡Siempre así! Vosotros creéis, con esa palabra, *perdón,* borrar las enormidades pasadas;

pero, viven los dioses inmortales, es necesario hacerlos respetar y los haré respetar yo.

Lorenzo.—Pero, tú crees asustarme con tus amenazas, y yo...

Macracio.—Y tú, piensa primero en cumplir cuanto prescriben las leyes, y después pide piedad, que no te será negada.

Lorenzo.—¿Qué leyes?

Macracio.—Las que imponen a todos la obligación de adorar a los dioses.

Lorenzo.—No creo faltar en nada a los deberes que me impone mi religión.

Macracio.—¿Tu religión? Mejor dicho, tu impostura: ¿crees que se me oculta que eres de la secta de los cristianos?

Lorenzo.—¿Y con eso?

Macracio.—No tardarás mucho en arrepentirte. Ahora acompáñame al foro, donde encontrarás reunidas a personas de tu conocimiento, y os arreglaremos las cuentas como se debe. ¡Ah, vaya si me las pagarás! ¡me las pagarás!

Lorenzo.—(Dios mío, asistidme en este supremo momento; alma bendita de mi querido Sixto, espérame; no tardaré mucho en encontrarte; un día más, y estaré contigo en el paraíso.

Macracio.—(Mejor fortuna no podía sonreírme. ¡Ahora, manos a la obra! Un día más, y seré el hombre más rico de Roma. (*Vanse.*)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Casa pobre

ESCENA PRIMERA

LUCIANO solo

Luciano. (*Retirándose de la ventana.*)—¡Y todavía no llega!.. El sol está ya en mitad de su carrera... y no obstante, me ha prometido que estaría muy pronto de vuelta... ¡Quién sabe si le habrá sucedido alguna desgracia! ¡Dios mío! ¿las desgracias vendrán a pares? ¿Tendremos que ver perdidos para nosotros, en un solo día, el pastor y el archidiácono de Roma? Los fuertes latidos de mi corazón no me auguran nada bueno!.. En fin, conformémonos con la voluntad de Dios. ¡Oh, cuán largo parece el tiempo, cuando se espera a alguna persona querida, y ésta tarda en llegar! (*Vuelve a la ventana.*) ¡Pero la esperanza renace en mi corazón! Allí se ve una persona que se acerca... me parece distinguir... ¡sí, es él!.. mas no... ¡ilusión de mi agitada fantasía! (*Vuelve a mirar.*) No obstante, hacia acá se en-

camina... ¡Claro, sí, es Esteban: ¡gracias, Dios mío! (*Se adelanta.*) Salió con Lorenzo; él sabrá darme noticias suyas.

ESCENA II

Dicho y ESTEBAN

Esteban. (*Llega jadeante.*)—Héme aquí, Luciano; vengo de parte de Lorenzo a preguntarte si ya lo tienes todo preparado.

Luciano.—Todo está a punto. Pero...

Esteban. (*Interrumpiéndole.*)—Bien; dentro de un momento tendrás aquí a Lorenzo con el viejo y el niño: yo me adelanté para avisarte.

Luciano.—Pero ¿por qué habéis tardado tanto?

Esteban.—¡Ah! la hemos hecho gorda, Luciano mío; si la noche ha sido mala, no sé el día cómo terminará.

Luciano.—Cuéntamelo todo, mientras los esperamos.

Esteban.—¡Todo! Se dice pronto. Después que te dejamos esta mañanita, yo me dirigí al lugar donde debían esperarme los dos pobres, pero los encontré encadenados para ser llevados ante el tribunal por Macracio.

Luciano.—¡Por Macracio! y ¿por qué?

Esteban.—Por sospechas de haber robado unas monedas que Lorenzo les había dado, y de tener relaciones con los cristianos.

Luciano.—¡Oh! ¡ese Macracio qué criminal es! ¿Y tú?

Esteban.—Yo traté de defenderlos, pero, amigo, sospechando él que yo fuera cristiano, me obligó a seguirlos al tribunal.

Luciano.—Siendo así, has estado a punto de cantar victoria.

Esteban.—Sí; y ya me estaba recomendando el alma, cuando vemos llegar a Lorenzo, preso como nosotros.

Luciano.—Me lo había imaginado; pero no comprendo cómo hayáis podido salir del peligro salvos e ilesos.

Esteban.—Yo tampoco. Pero oye, quiero comunicarte una cosa que... es mejor que tú la sepas... pero que quede entre nosotros... a mí me ha hecho cierta impresión, casi me escandalizó.

Luciano.—¿De veras?

Esteban.—Escucha y juzga por ti mismo. Una vez Lorenzo ante el tribunal del Prefecto, Macracio le acusó públicamente, y después murmuró en voz baja algunas palabras al oído del Magistrado. Este demostró haberle entendido; y sin hacer caso de nosotros, empezó a interrogar a Lorenzo de un modo muy dulce y afable.

Luciano.—Y ¿qué le preguntó?

Esteban.—Le preguntó si era cristiano, y Lorenzo contestó al momento sin titubear, que sí.

Luciano.—¡Natural!

Esteban.—Después le preguntó si era verdad que los cristianos poseían muchas riquezas, y Lorenzo contestó también que sí.

Luciano.—¡Que sí?..

Esteban.—¿Te extraña también a ti? Ya me lo figuraba: pero no es eso todo. El Prefecto, animado con esa respuesta, siguió adelante, y propuso a Lorenzo que no sólo salvaría la vida, sino que dejaría tranquilos a los cristianos, si él le entregaba todos los tesoros de la Iglesia.

Luciano.—Y Lorenzo rehusó.

Esteban.—Y Lorenzo aceptó.

Luciano.—¿Cómo? ¡No es posible!

Esteban.—Y no obstante, es así. Yo procuré, con gestos, con signos, hasta con tirarle del vestido, hacerle entender que eso no iba bien, que hacía traición a su ministerio. ¡Palabras al viento! ¡Consejos inútiles! Pidió humildemente al Prefecto que se dignara concederle tres días para recoger los tesoros de la Iglesia, y prometió que, para que la cosa fuese más pública y solemne, llevaría delante de aquel mismo tribunal todas las riquezas, que son el patrimonio de las viudas y pupilos.

Luciano.—Si no conociese a Lorenzo, diría, como tú, que hace traición a su ministerio; pero no lo creo posible. El Señor le habrá inspirado algún pensamiento que nos ha ocultado a nosotros. Además tenemos un plazo de tres días, y si vemos que realmente mantiene la promesa hecha al Prefecto, podremos impedirlo.

Esteban.—Es verdad. Yo estaré al cuidado y te enteraré de todo. Entre tanto podrás saber algo de de sus mismos labios, pues, si no me equivoco, me parece que llega.

ESCENA III

Dichos, LORENZO, SEXTO y JULIO

Lorenzo.—Ya estamos en casa; buen anciano, ven acá, y tú, Julio, también; aquí estaréis como si estuvieseis en vuestra propia casa.

Julio.—Con tal que no sea una prisión, como la de esta mañana.

Lorenzo.—Queda tranquilo, amigo mío; ya pasó el peligro. Animo, Luciano, haz honor a los huéspedes. Pero ¿qué tienes? me pareces algo alarmado. Entiendo, entiendo; (*Riendo.*) Esteban te ha contado mi traición. ¡Oh! no tengáis cuidado. Qusiera, con la ayuda de Dios, prender al cazador en las mismas redes que me ha tendido.

Esteban.—Pero ¿y si quedas preso tú mismo en ellas?

Lorenzo.—¡Paciencia! seré un pescado asado para la cena del paraíso.

Esteban.—Tú bromeas, pero entre tanto...

Sexto. (*Que no ha cesado de mirar a Luciano, de hacer actos de maravilla, de espanto, toma a Julio por la mano y dice:*)—Julio, vámonos, salgamos de esta casa.

Julio.—No, yo no quiero.

Lorenzo.—¿Porque? ¿qué te pasa? ¿por qué quieres marchar?

Sexto.—No puedo decirlo: si deseáis mi bien, dejadme salir. Una furia me persigue. ¡Ah! ¿por qué no me habéis dejado morir? (*Se cubre la cara con las manos.*)

Luciano. (*Que lo ha observado, dice.*)—(¡Qué parecido! ¡Oh Dios mío! ¿sueño o estoy despierto?

Sexto.—(No, no me engaño, es su misma voz.)

Luciano.—(¡Si fuera verdad!) ¡Buen viejo!..

Sexto.—(¿Bueno? o no me conoce o finge no conocerme para vengarse mejor.)

Luciano.—La semejanza que guardas con una persona que yo conocí en mi infancia, ha sido la que me ha arrancado esa amable exclamación.

¿Quién eres tú? ¿quién es ese chiquillo que está contigo?

Sexto.—Yo... yo... soy Sexto, y este niño es mi nieto Julio, huérfano de padre y madre, y reducido a seguir a su abuelo en la vida más miserable que imaginarse puede.

Luciano.—(Sexto... Julio... Estos nombres no son nuevos para mí. ¿A qué mundo me encuentro yo trasportado? ¿Qué recuerdos cruzan ahora mi mente? ¿Descubriré ahora algún hilo de la enredada madeja de mi origen? ¡Oh! ¡Dios mío, asistidme!)

Sexto.—(Quisiera salir, y quisiera quedarme. No obstante, será mejor que me asegure.)

Lorenzo.—(La divina Providencia cumple ahora una de sus obras de caridad. Secundémosla.) ¿Os conocéis, pues?

Sexto y *Luciano.*—¿Nosotros?

Lorenzo.—No entiendo de otro modo los sentimientos que experimentáis al veros. Tú, Luciano, ¿recuerdas haber visto alguna otra vez a este anciano y a este niño?

Luciano.—Tengo un recuerdo confuso.

Lorenzo.—¿Y tú? (*A Sexto.*)

Sexto.—¡Ah! a mí no me queda la menor duda: al fin es la verdad y la diré venga lo que viniere. Sí, sabedlo, y castíguenme los dioses... ¡Esa es mi víctima, y yo... yo soy su asesino! (*Se cubre la cara llorando.*)

Todos.—¡Oh Dios! (*Admirados.*)

Sexto.—¡Oídme, y horrorizaos! Era una noche peor que la pasada; había muerto mi hijo, que era vuestro padre, traspasado por una flecha de los bárbaros, y me encontré solo, sin pan y sin te-

cho; concebí entonces el horrible proyecto de aligerarme de vuestro peso... y comenzando por ti, Luciano, que eras ya mayorcito, y me molestabas con tus lágrimas, te arrojé... ¡oh dioses, perdonadme! te arrojé al Tíber.

Todos.—¡Oh!

Sexto.—Después me faltó el valor para hacer otro tanto con este pequeñito, que aún estaba en pañales. A fuerza de sacrificios lo mantuve; más tarde, cuando me faltó el pan, cuando no tuve ya fuerzas para ganarlo, decidí acabar también con él. Y lo hubiera hecho, pero hubiera muerto también yo... ¡Oh, sí! ¡cuánto mejor hubiera sido! ¡Ah! decidme si no soy un monstruo, indigno de hollar la tierra que piso. ¡Dejadme buscar la muerte!

Luciano.—¡No, abuelo mío! no, no hableis así. Tú eres todavía mi querido abuelo, y éste mi amado hermanito. Ven acá, Julio, deja que te abrace. Y tú, querido abuelo, ¿no me quieres en tus brazos.

Sexto.—No, no merezco sino que me mates, pero...

Luciano.—No, y para que veas que te amo y deseo verte feliz, ven... (*Le tiende los brazos.*)

Sexto. (*Se deja caer en ellos y se abrazan.*)

Lorenzo. (*A Esteban.*)—Dejémoslos que desahoguen sus afectos y vámonos a nuestros quehaceres.

Esteban.—¡Verdaderamente la vida es un misterio! (*Se retiran los dos.*)

Luciano. (*Teniendo siempre abrazado a Sexto.*)—¡Oh cuántas veces he rogado por ti! ¡cuántas veces he pedido al Señor la gracia de poderte ver de nuevo, abrazarte y hasta darte las gracias!

Sexto.—Darme las gracias después que...

Luciano.—¡Oh! Tú no sabes lo que hizo conmigo el buen Dios.

Sexto.—Cuéntamelo todo; está atento, Julio.

Luciano.—Aquella misma noche, salvado del Tíber, no sé cómo, me encontré en casa de una persona para mí desconocida, que me prodigó los más solícitos cuidados, devolviéndome a la vida. Supe más adelante que me habían encontrado en la playa de la isla, donde me habían depositado las aguas del Tíber, hinchado todo el cuerpo, y sin señales de vida. Me llevó a su casa, y tanto hizo, que logró al fin arrancrame de los brazos de la muerte. . .

Sexto.—¡Ah! ¡pero tú habrás vuelto a la vida, para maldecir al que intentó quitártela!

Luciano.—¡Oh, no, querido abuelo! ¡Muy al contrario! Mis bienhechores me enseñaron una doctrina, cuyo primer deber es el amor a nuestro pró-

Sexto.—¿También a los que nos quieren mal?

Luciano.—También. Sin distinción de raza, de país ni de condición, porque todos somos hijos de un mismo padre que está en el Cielo, y es Dios. En esa escuela es donde aprendí a amarte y a rezar diariamente por ti, para que pudieras también tú conocer esta verdadera y sublime doctrina. y ya ves como Dios, al reunirnos de nuevo, quiere hacer de vosotros dos secuaces de esa santa religión.

Julio.—En cuanto a mí, haré lo qué quieras.

Luciano.—Bien, hermanito mío; verás cuántas y cuán bellas cosas te enseñaré.

Sexto.—Y esa doctrina, ¿cuál es?

Luciano.—¿No lo sabes todavía? Es la de los cristianos.

Sexto.—¿De los cristianos? ¡Si la he oído nombrar siempre con abominación! Y aun hoy mismo, en el tribunal, poco faltó para que perdiéramos la vida, por la sola sospecha de estar en relaciones con los miembros de esa secta.

Luciano.—El mundo nos persigue, porque no participamos de sus máximas; pero no tardará en darnos entera razón.

Sexto.—Al ver sólo vuestras obras...

Luciano.—Sí, yo debo a los cristianos la vida, el ser un hombre... todo. Les debo también el haberos encontrado de nuevo, y no dejaré de rogar al Señor hasta que se digne unirnos con los vínculos de la misma fe.

Sexto.—¡Oh! puedes contar desde luego con mi adhesión.

Luciano.—¡Bendito sea Dios! Y tú, Julio mío, ¿tendrás dificultad en hacerte cristiano?

Julio.—Ninguna.

Luciano.—¡Oh alegría incomparable! Yo mismo os llevaré a una persona encargada de instruíros en los santos misterios, y de su boca aprenderéis las verdades inefables de nuestra Religión.

ESCENA IV

Dichos y ESTEBAN

Esteban.—Luciano, Luciano. (*Lo lleva aparte.*)

Luciano.—¿Qué tienes? ¿Ya estás de vuelta!

Esteban. (*Misterioso.*)—Lorenzo quiere... ha recogido todos los tesoros, los objetos... no sé... quiere venderlos... yo no entiendo. ¡Si a lo menos lo hiciera él solo, pero quiere que yo le ayude!

Luciano.—Pero ¿no le has hecho ninguna observación?

Esteban.—No una, sino muchas.

Luciano.—¿Y él?

Esteban.—Pues él comenzó a burlarse de mi miedo, y me encargó buscara quien le ayudase.

Luciano.—Aun cuando no lo veo claro, estoy tranquilo; Lorenzo es persona digna de nuestra confianza. ¿No conoces su gloriosa alcurnia?

Sexto.—Desearía conocer a ese joven generoso que me ha restituído a la vida.

Luciano.—Es Lorenzo hijo de padres humildes, según el mundo, pero ricos con los méritos que supieron atesorar en la práctica de una vida fervorosamente cristiana. Lorenzo, joven aún, era llevado por sus virtuosos padres a los sagrados ritos; y estaba en ellos con un continente tan modesto y devoto que llamó la atención del pontífice Sixto (que goza ya de la gloria); el cual, aunque lo vió tan joven, quiso hacerlo su diácono, esto es, ministro suyo, y constituírlo jefe de los demás diáconos; por lo cual, nosotros le llamamos archidiácono. Como tal, quedó encargado de los bienes de la Iglesia, y de hacer la distribución a los pobres. ¡No puede expresar lengua humana el bien que Lorenzo ha hecho en ese cargo! Vos mismo sois de ello una prueba y un testigo, como lo podrían ser millares de menesterosos que, como a vos, ha socorrido.

Julio.—¡Qué bueno es Lorenzo! Se lo he dicho yo y no ha querido creerlo.

Luciano.—Es porque es muy modesto; y por lo mismo no gusta de alabanzas.

Esteban.—¡Si le hubieseis visto anoche, cuando en

la cripta del cementerio de Calixto, fué arrestado nuestro mártir, el pontífice Sixto! Sin hacer caso de nuestros consejos, seguíale llorando: «¿Adónde vais, le decía, adónde vais, oh padre, sin vuestro hijo? ¿Adónde os encamináis, oh santo pontífice, sin vuestro primer ministro? No ofrecíais nunca el sacrificio, sin que yo os sirviera en el altar. ¿En qué he tenido la desgracia de desagradaros? ¿Me habéis acaso encontrado infiel a mis deberes? Demostradme de nuevo, os lo suplico, que soy digno de la elección que habéis hecho de mí, para distribuir el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.»

Sexto.—¡Qué sentimientos más generosos!

Esteban.—Hasta el santo pontífice se conmovió; y le confortaba diciéndole: «¡No, hijo mío! no te abandono, pero te están reservados mayores combates por la fe de Jesucristo, y también más gloriosa victoria; dentro de pocos días me seguirás con el más glorioso martirio.»

Luciano.—A mí me dijeron que el pontífice Sixto había fijado el número de tres días.

Esteban.—Podrá ser, yo no lo entendí bien. El hecho es, que Lorenzo está seguro del martirio y habla de él como de cosa certísima.

Sexto.—Con dolor ¿no es verdad?

Luciano.—¡Muy al contrario! Para nosotros los cristianos, la muerte por la fe es un triunfo, y más bien que temerla, la deseamos todos ardientemente.

ESCENA V

Dichos y UN POBRE

Pobre.—La paz sea con vosotros, hermanos.

Luciano.—La paz del Señor venga contigo. ¿Qué buen viento te trae por acá?

Pobre.—Encontré a Lorenzo, el cual me dijo viniera aquí y trajera conmigo a cuantos hermanos pobres pudiera encontrar. He encontrado cerca de cincuenta, y abajo están esperando.

Esteban.—¡Que novedad es esa! Cuanto más va, menos entiendo.

Luciano.—No llego a comprender las intenciones de Lorenzo, y quiero creer que son bonísimas; pero por ahora, no puedo decirte más, sino que esperéis tú y los tuyos.

ESCENA VI

Dichos y UN VIEJO enfermo con muletas

Enfermo.—¿No es esta la casa de Luciano?

Luciano.—La misma; venid acá y sentaos. ¿Qué queréis?

Enfermo.—¡Vaya! yo soy el que debo preguntaros ¿qué queréis de mí?

Luciano.—¿Yo? Nada.

Enfermo.—Entonces, ¿por qué me mandáis llamar? ¿por qué me obligáis en el estado en que me encuentro, a hacer el largo camino que me espera de vuestra casa? ¡Para burlas está uno! Pero vos seréis responsable del daño, que me causáis.

Luciano.—Tranquilizaos, buen viejo. Eso habrá sido

una equivocación; yo no creo tener culpa ninguna.

Esteban.—¿Tal vez Lorenzo?

Enfermo.—Sí, sí; Lorenzo ha sido el que mandó a Sempronio a decirme viniera aquí a casa de Luciano; y yo he venido.

Luciano.—Nada, no entiendo nada; esperad a que venga Lorenzo y él os aclarará el misterio.

Enfermo.—Pues esperemos. (*Se sientan.*)

Sexto.—Parece que Lorenzo quiere proporcionarnos compañía.

Luciano.—No sé.

Esteban.—A mí me parece que lo que quiere hacer es una locura.

ESCENA VII

Dichos y LORENZO. Se oyen voces desde dentro de: «¡Viva Lorenzo!»

Lorenzo.—Gracias, gracias, amigos. ¡Alabado sea Dios! (*Entrando.*) Esteban, ¿estás aún ahí? ¡Ya podía yo esperarte para que me ayudaras! pero ya he concluído. No me falta más que traer aquí a la sala la caja del tesoro. Luciano, ayuda a Esteban y traedla acá.

Esteban.—(Tiene un modo de mandar, que no hay más remedio que obedecer.) Pero, Lorenzo...

Lorenzo.—¿No oisteis? Daos prisa.

Luciano.—Esteban me ha comunicado ciertas dudas suyas, que impiden ver claro en tu modo de obrar; y no quisiera prestar mi ayuda...

Enfermo.—Yo tampoco sé por qué me habéis hecho llamar.

Pobre.—Y yo he llamado a unos cincuenta de mis compañeros, que están esperando ahí afuera.

Lorenzo.—Los vi; tened paciencia sólo unos momentitos y todo habrá acabado. Cesarán los escrúpulos de Esteban y vuestros temores. Id. (*Luciano y Esteban salen. A Sexto.*) Y vosotros, ¿qué tal os encontráis aquí?

Sexto.—¡Muy bien! y mi nieto Luciano me ha dicho que nos encontraremos mejor, cuando seamos cristianos.

Lorenzo.—¡Oh, sin duda! Los caminos del Señor están llenos de misericordia; bien claro se ve que fué El quien dispuso nos encontráramos para llamaros a su redil.

Sexto.—¡Bondad infinita de vuestro Dios!

Lorenzo.—Y tú, Julio, ¿tienes todavía miedo de ir a la cárcel?

Julio.—¡Ya lo creo! Pero si venís vos con mi abuelito, tendré menos.

(*Esteban y Luciano entran, trayendo una gran caja.*)

Julio.—Mira, mira, abuelito, qué caja.

Lorenzo. (*A los presentes, y si se quiere a un gran número de pobres, que pueden entrar en este momento.*)—Aquí están recogidos todos los tesoros de la Iglesia. Hay los vasos sagrados y los sagrados ornamentos; hay las abundantes limosnas y los depósitos de las viudas. Todo esto, como no ignoráis, es de Jesucristo: fué dado y recogido para El; nosotros no somos más que sus administradores. La avaricia de nuestros enemigos los impele a perseguirnos para apoderarse de estos tesoros; y yo no debo ni puedo permitir que lo que es herencia de Jesucristo y bienes

de sus miembros, los pobres, caiga en sus manos. ¿Qué hacer, pues? ¡A vosotros os he juntado, oh pobres, oh desgraciados, huérfanos y pupilos, que representáis a Jesucristo; y os restituyo lo que es vuestro! Haré de modo que se distribuya según vuestras necesidades; y a los que me preguntaren por los bienes de la Iglesia les diré: están en manos de sus legítimos dueños.

Todos.—¡Viva Lorenzo! ¡viva Lorenzo! ¡viva!

Luciano.—Esteban, ¿temes todavía?

Esteban.—¡Admiro las maravillas de la caridad!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala del Tribunal

ESCENA PRIMERA

PREFECTO solo

Prefecto.—Hénos, por fin, al tercer día. Dentro de poco tendré en mi poder al más ilustre personaje cristiano, y lo que vale más aún, sus tesoros. El emperador puede estar satisfecho de mi diligencia. ¿No me mandó él perseguir a los sacerdotes de la secta y descubrir a los más ricos de sus prosélitos? Seguramente me llenará de dádivas y de honores. Mi nombre pasará benemérito a la posteridad, y se dirá de mí que he salvado a Roma y al imperio de sus enemigos más formidables, de los bárbaros cristianos. ¡Oh gloria, gloria! A ti es a quien busco: si tanto he trabajado, si aún me fatigo revolviéndome en un mar de contrariedades, pasando gran parte de la noche desvelado, es para rodear mi nombre de fama imperecedera.

ESCENA II

Dicho y MACRACIO

Macracio.—¿Prefecto?

Prefecto.—A buen punto llegas, Macracio. Dentro de poco empezará el juicio.

Macracio.—¡Y tú te coronarás de gloria!

Prefecto.—Lo creo.

Macracio.—¡El emperador aumentará el afecto que te tiene, y te dará alguna prueba de su soberana satisfacción. (*Adulando siempre.*)

Prefecto.—Lo espero.

Macracio.—¡El pueblo romano te proclamará su salvador; y tu nombre pasará a la posteridad con el título glorioso de haber librado al imperio de la secta cristiana!

Prefecto.—Así confío.

Macracio.—Y si Lorenzo mantiene su palabra, muchos tesoros se añadirán a los que ya posees, y llegarás a ser más rico que el mismo Creso.

Prefecto.—Sin duda.

Macracio.—Y de todo eso ¿a quién serás deudor?

Prefecto.—¿A quién? A mi suerte, a mi perspicacia, a mi ingenio, a mi fortuna.

Macracio.—Bien has dicho; pero la fortuna o la suerte es un fantasma, y bien pudiera ser que se desvaneciera, cuando pensabas tenerla más segura.

Prefecto.—¿Qué quieres decir?

Macracio.—Quiero decir que los honores de esta jornada podrían pasar a otras manos, y tú quedarte con las tuyas vacías.

Prefecto.—Es imposible.

Macracio.—¿Imposible? Imagínate que yo, como de-

lator y acusador de esos cristianos, en vez de conducírtelos aquí, los condujera ante el tribunal imperial. Allí ellos tendrían su castigo merecido, y yo los regalos y los favores de Valeriano.

Prefecto.—Pero tú no harás semejante cosa.

Macrácio.—Lo haré... o no lo haré: soy muy dueño de mis actos y puedo obrar como se me antoje: pero yo no busco más que mis intereses.

Prefecto.—Yo podría...

Macracio.—(Ya cayó en el lazo.) ¿Qué podrías?

Prefecto.—Podría... no sé... ofrecerte un regalo, una dádiva, un presente. (¡Qué contratiempo!)

Macracio.—¿Por ejemplo?

Prefecto.—Por ejemplo: supongamos que Lorenzo traiga mil talentos; ciento serán para ti.

Macracio.—¡Ciento! ¡ruín merced, que no paga siquiera el trabajo de un simple soldado! ¿Cien talentos al que con mil sacrificios te lleva al pináculo de la gloria?

Prefecto.—¡Bien, vamos! No hablemos más de eso. Si no te bastan ciento, te daré ciento cincuenta.

Macracio.—¡Qué generosidad! Como si fuera yo algún mendigo, me arrojas las migajas de una miserable limosna, para que te deje en paz. Pues no será así; mis condiciones son: dos tercios para mí y el otro para ti. ¿Estás?

Prefecto.—¡Númenes santos! ¡qué propuesta!

Macracio. (*Con ironía.*)—Pero, ¿y la gloria? ¿y los favores del emperador? ¿Todo eso queda para ti.

Prefecto.—Sí, pero ¿de qué me servirán los favores y la gloria, si no tengo con qué sostener mi posición?

Macracio.—¡Oh! con los honores llegan las recompensas.

ESCENA III

Dichos y UN GUARDIA

Guardia.—Un gran tropel de gente se aglomera en la plaza, y algunos procuran entrar en el vestíbulo.

Prefecto.—¿Quiénes son? ¿qué quieren?

Guardia.—No lo sé, ni les pregunté nada. Temiendo no fuese el populacho sublevado, corrí a participártelo y a esperar tus órdenes.

Macracio.—Sospecho que serán cristianos, que querrán asistir al juicio de su jefe.

Prefecto.—No dices mal; si son ellos, no los temo; porque no recuerdo que jamás un cristiano haya tomado parte en algaradas callejeras, ni en conspiraciones contra el imperio. (*Al Guardia.*) Si alguno desea hablar conmigo, déjale entrar. (*Vase el Guardia.*)

Macracio.—Me confirmo en mi opinión; no oigo ni gritos ni aullidos, como los que levantan la plebe sedeciosa. Entre tanto, para no perder tiempo, te repito la condición. Las dos terceras partes del tesoro para mí y la otra para ti, con la gloria de la empresa.

Prefecto.—Hombre, sé justo; hagamos a lo menos partes iguales...

Macracio.—Que no; lo dicho, dicho.

ESCENA IV

Dichos y LORENZO, seguido de DOS GUARDIAS

Lorenzo.—¡Caramba! ¡que antesala más larga! Yo creía que el oro no podía sufrir espera.

Macracio.—(¡El oro! ¡divino metal!)

Prefecto.—En este mismo instante me comunicaron tu venida: además, no creíamos llegaras en medio de esa turba. Ante todo, debo preguntarte cuál es la intención de esa multitud.

Lorenzo.—La más pacífica del mundo. Los tesoros por que preguntabas y que te prometí traer son muchos...

Macracio.—(¡Muchos!)

Lorenzo.—Y yo no podía traerlos solo. Busqué quien me ayudara y vinieron a cientos.

Prefecto.—Siendo así, no tenemos más que recibirlos. Ya te expuse mi propósito. Hasta ahora vosotros, los cristianos habéis sido tratados con mucho rigor... tal vez demasiado, y os quejáis con sobrada razón. Yo no quiero, pues, portarme mal con vosotros; no os pido más que una cosa, y sé que sólo depende de vuestra voluntad el hacerla. Sé que vuestros sacerdotes se sirven de vasos de oro para beber; que reciben la sangre sagrada en copas de plata, y que durante vuestros sacrificios nocturnos os alumbráis con antorchas de cera, sostenidas por ricos candelabros de oro. Entregadme, pues, esos tesoros que tenéis ocultos; el emperador los necesita para atender a los cuantiosos dispendios del imperio. Se dice que, conforme a vuestra doctrina, tenéis que dar al César lo que es el del César: vuestro Dios,

seguramente, no acuñará moneda; él no trajo dinero al mundo; solamente os hizo el don de su divina palabra. Quedaos, pues, con la riqueza de sus palabras, y dadme a mí vuestros tesoros.

Lorenzo.—En cuanto has hablado, has dicho verdad, Prefecto; nuestra Iglesia es rica, y ni el emperador tiene, por cierto, alhajas tan preciosas como nosotros. No te pido más que un minuto de tiempo, y todas te las entregaré.

Prefecto.—Tráelas, pues. (*Vase Lorenzo.*) ¿Oiste?

Macracio.—¡Que si oí! ¡Cuántas riquezas! ¡Cual ni las posee ni el mismo Valeriano!

Prefecto.—Espero que, con solo el tercio que me dejes, tendré bastante para satisfacer mi ambición.

Macracio.—¡Oh sí! y yo con los otros dos tercios, seré el ciudadano más rico de Roma.

Prefecto,—Y ¿qué hacemos con Lorenzo?

Macracio.—Se condena a muerte.

Prefecto.—¡Convenido! Ya llega, disimulemos.

ESCENA V

LORENZO entra precedido de una multitud de pobres, cojos, mancos, tullidos, ciegos, tuertos, etc., entre los cuales vienen SEXTO, JULIO y LUCIANO.

Lorenzo. (*Dispone a los pobres en dos filas o grupos, mientras el Prefecto y Macracio se miran mutuamente estupefactos. Una vez colocados, lo que hará sin gran prisa, dice:*)—Prefecto, si no te bastan, ahí afuera hay todavía más de mil que esperan.

Prefecto. (*Mirando por una ventana.*)—¿Qué es

eso? ¡no, no! ya me has llenado la casa de andrajosos; y esos ¿quiénes son?

Lorenzo.—¿No lo ves?

Prefecto.—Yo no veo más que mendigos, sucios y asquerosos.

Macracio.—¡La hez de Roma!

Lorenzo.—¿No me has pedido los tesoros de la Iglesia? Pues bien, ahí los tienes.

Prefecto.—¿Estos?

Macracio.—¿Los tesoros de la Iglesia, éstos?

Lorenzo.—Sí, éstos; y por lo mismo os repito que nuestra Iglesia es riquísima, y ni el emperador tiene, por cierto, riquezas tan preciosas.

Prefecto.—No te entendemos. Explícate más claro; y si tus palabras no son como conviene a la dignidad del tribunal, ante el cual eres acusado como reo de felonía y despreciador de la religión del Estado, prepárate a sufrir los más atroces tormentos.

Macracio.—¡Ah sí! ¡ay de ti, si piensas burlarte! Sobre ti caerá terrible nuestra venganza.

Lorenzo.—¡Y qué! ¿Hay acaso algo que pueda ofenderos? El oro, que tan ardientemente deseáis, es un vil metal, fuente ordinaria de toda clase de delitos. La verdadera riqueza es la gracia de Jesucristo, de la cual disfrutan estos pobres que veis aquí. Ellos en su pobreza, en sus enfermedades y en sus sufrimientos, que padecen con resignación, encuentran los más dulces consuelos Ellos no conocen los vicios y pasiones que son verdadera lepra del alma, que hacen infelices y despreciables a los grandes del mundo. Ve, pues, en estos pobres los tesoros que prometí traerte. Faltan aquí todavía las perlas y piedras precio-

sas, que son las viudas y las vírgenes consagradas a Dios, cuyo pudor no quise exponer a los insultos de la soldadesca vil y encanallada. La Iglesia, cuya corona forman, es por ellas el objeto de la complacencia de Jesucristo. Os aseguro que la Iglesia no posee otras riquezas; y sirva eso de norma a Roma, al emperador y a vosotros mismos.

Macracio.—¡Oh rabia! ¡Oh desengaño!

Prefecto.—¡Oh insulto! ¿cómo? ¿has intentado burlarte de mí? ¡Desgraciado! ¿así insultas mi toga, símbolo del poderío de Roma?

Lorenzo.—No me parece haber ofendido en nada el rigor de las leyes ni la majestad del imperio, cumpliendo una orden que tú mismo me impusiste. Por el contrario, al servicio de la República ponemos toda nuestra autoridad, y, la fuerza de nuestra persuasión: y estos son el mejor testimonio de que, en todo cuanto no se opone a nuestra Fe, somos siempre súbditos fieles y traidores jamás.

Luciano.—¡No, no; los cristianos jamás fueron traidores. ¡Viva Lorenzo!

Todos.—¡¡Viva!!

Prefecto.—Basta ya de palabras: serás condenado a muerte, por doble motivo.

Lorenzo.—¡Oh, dicha!

Prefecto.—Deseas, ansías la muerte por una frenética vanidad, lo sé. Pero no te creas que vas a morir tan pronto. Para hacer tu agonía más terrible, y al mismo tiempo que vengue a los dioses por ti ultrajados vengar la burla atroz que me has inferido, prolongaré tus sufrimientos hasta lo infinito. Quiero que para ti se estrene

un tormento nuevo, terrible e inaudito.

Lorenzo.—Inhumano será el tormento que para mí quieras inventar, pero jamás llegará a los tormentos que por mí padeció Jesucristo, mi Señor!

Prefecto.—Quiero que te preparen unas parrillas de hierro candente, y que, extendido desnudo sobre ellas, te vayas asando a fuego lento, hasta que así acabes tu vida.

Lorenzo. — ¡Bien, bárbaro, bien! Así, mientras tú te dispongas a comer de mis carnes asadas,, mi espíritu y mi alma se enardecerán siempre más en el amor de Jesucristo. Héme aquí pronto a todo.

Luciano. (*A Lorenzo.*)—Nosotros también estamos prontos, y ningúno te dejará.

Sexto.—Eso es una calumnia. Lorenzo, es el más grande de los bienhechores.

Julio.—¡Oh sí, Lorenzo, no mueras, o déjame morir contigo!

Esteban.—Te diré, como tú decías a Sixto: donde vas tú debe ir tu amigo, tu inseparable Esteban, yo iré contigo.

Lorenzo.—¡Oh, queridos, cómo me confortan y consuelan vuestras palabras!

Prefecto.—Ea, termine ya tan inútil palabrería.

Macracio.—(¡Oh furor! ¡terrible desencanto! ¡la rabia me devora!)

Luciano.—Señor, devolvednos a Lorenzo.

Prefecto.—¡Cúmplanse mis órdenes! (*Los dos soldados se apoderan de él y lo esposan.*)

Pueblo. (*Amotinándose.*)—¡Queremos a Lorenzo!

Prefecto. (*Retrocediendo a un lado.*)—¡Guardias! (*Aparecen cuatro soldados. A su vista los cristianos retroceden al otro lado. Los soldados des-*

envainan sus espadas dividiendo la escena, y defendiendo el grupo formado por Macracio y Prefecto, y Lorenzo entre los otros dos soldados.)

Lorenzo. (*Majestuoso.*) — Calmaos, amigos míos: ¡corta será la lucha, breve el penar, el triunfo eterno! (*A una señal del Prefecto le llevan.*)

FIN DE LA OBRA

LIBRERIA SALESIANA

APARTADO 175 — BARCELONA

PUNTOS DE VENTA

BARCELONA.—Librería Camí. J. Costa, 64.

«La Hormiga de Oro». Plaza de Santa Ana núm. 26.

BOGOTA (Colombia). — Librería Salesiana. Carrera 5.ª núm. 122.—Apartado número 85.

BUENOS AIRES. (Argentina).—Colegio Pío IX. San Carlos núm. 4050.

Librería de Santa Catalina, Calle Brasil núm. 864.

EL PASO, TEXAS (Estados Unidos).—«Revista Católica».

MADRID. — Bruno del Amo. Editor. Toledo núm. 72.

MEXICO.—Escuelas Salesianas. Apartado número 927. México.

Juan Lechuga, Avenida Hidalgo, 55.

Librería del Sagrado Corazón. Edmundo de la Isla (H), Pino Suárez 55.-Queretáro, México.

MONTEVIDEO (Uruguay).—Talleres de Don Bosco. Calle Maldonado núm. 2125.

SEVILLA.—Librería de María Auxiliadora, Apartado 37.

VALENCIA.—Escuelas Salesianas. Apartado núm. 86.

Al hacer un pedido, consúltense siempre los últimos catálogos y prospectos.

ESCUELA TIP. SALESIANA. - SARRIÁ - BARCELONA

3 0112 127857412